MANGAS

[Fabio Angelli - http://elmonstruosinvoz.blogspot.com.es/]

La casa está hecha un desastre, parece semiabandonada desde hace tiempo, una casa de ocupas, de la que nadie se siente dueño, en la que no se hacen proyectos a largo plazo. La cama deshecha huele a ropa de la semana anterior y hay restos de comida encima de la mesa de noche y en el fregadero de la cocina, donde manchas oscuras se ha fundido con el granito de la encimera como llagas psicosomáticas a las que ya se ha acostumbrado. La nevera ha olvidado sus promesas de alimentación pero sigue encendida y se ilumina al abrirla como si tuviese todavía algo que decir, para luego compartir consigo misma su oscuridad detrás de la puerta. La tele lleva días encendida y sin voz, con el cable de la antena arrancado, como una lámpada encendida en una habitación vacía.

En la cuarto él mira hacia el polvo de los estantes del armario abierto y en los puños de la única camisa que tiene y que sigue testaruda y colgada de una percha, ya sin recordar la última vez en la que se ha sentido útil. Instintivamente mira también para los puños, las mangas, las perneras del chándal que lleva puesto y mete una mano en el bolsillo para sacar un pañuelo y sonarse la nariz.

Luego va a mear.

Baja el chándal hasta media pierna y dobla un poco la espalda para apoyar ambas manos en la pared. Ojos cerrados y labios entreabiertos como quien acaba de entrar en un sueño profundo. Levanta los párpados para apuntar con un dedo el pulsador de la cisterna e dirige la mirada hacia el bidet, en el que descansa un charco de agua gris, estancada, con una mata de pelo y un trozo de lo que fue una pastilla de jabón. Al apretar el botón de la cisterna se estremece la superficie del agua densa en el bidet por el cambio de presión en las cañerías; la ve palpitar elástica hasta recobrar, casi un minuto después, su espesa placidez. Se sube el pantalón del chándal con un gesto automático y sale del cuarto de baño sin buscarse entre las marcas del espejo.

En el medio del pasillo la punta de un pie encuentra un tenedor y distraído lo empuja de una patada contra el zapatero en la base del cual se ha formado, quién sabe en cuánto tiempo, un montón de zapatos oscuros, informales, de deporte, de montaña. Una orgía de cordones, pero ninguna atadura.

Delante de la porta está ella.

Le mira con una mirada limpia y él sabe que le faltan recursos para aguantar esos ojos, así que decide mirar para la parte superior del mueble zapatero, donde están los ganchos de los que cuelgan las llaves. Distintos juegos de anillos metálicos para la misma cerradura que él repasa de forma automatizada con un dedo para comprobar que non falte ninguno.

Ahora sabe que puede hacerlo, que es lo que hay, lo que toca, lo que igual es lo correcto, lo que *por qué no*.

Ella tiene tres años, viste un peto vaquero, tenis rosas y una camiseta blanca con las mangas un poco cortas que le llegan a la mitad del antebrazo. Le tiende una mano y él mira para el borde de la camiseta y por la carne gordecha y redonda que se asoma de la manga. Mira para esa mano pequeñita tendida hacia él con naturalidad. Vuelve a mirar las mangas de su chándal y las encuentra menos inadecuadas.

Las llaves están bien donde están.

Coge esa mano y devuelve la mirada a los ojos limpios que no dejan de observarle serenos, aunque no sin expectación. Abre la puerta y lo dos miran para adelante antes de cruzar. Sabe que está sonriendo aunque para quien le mirase sería difícil decirlo.

Mira una vez más para la niña y ella para él.

Cierra los ojos y vuelve a a abrirlos como si fuese un sí.

Luego tira de la puerta sin mirar atrás.